



Instituto de la Familia, Inc.

“¿Y PARA QUIEN SERÁ LO QUE HAS AMONTONADO?”

Todas las lecturas de hoy tienen que ver mucho con el trabajo del hombre, y el por qué lo hace. Trabajar por trabajar no tiene sentido. Debe de haber siempre una razón para hacerlo. Un propósito, una meta, una misión. En el Salmo de hoy el No. 89, el Señor nos dice: “Enséñanos a calcular nuestros años, para que nuestro corazón alcance la sabiduría... Sáncianos en seguida con tu amor, y cantaremos felices toda nuestra vida....que el Señor nuestro Dios, haga prosperar la obra de nuestras manos.”

San Pablo en su Carta a los Colosenses, nos pide, que ambicionemos “los bienes del cielo donde Cristo está sentado a la derecha de Dios. Tengan el pensamiento puesto en las cosas celestiales y no en las de la tierra... por lo tanto hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría. Tampoco se engañen los unos a los otros. Porque ustedes se despojaron del hombre viejo y de sus obras y se vistieron del hombre nuevo, aquel que avanza hacia el conocimiento perfecto, renovándose constantemente según la imagen de su Creador.” En el Evangelio según San Lucas, el Señor cuestiona la avaricia, “porque en medio de la abundancia, la vida de un hombre no está asegurada por sus riquezas”. Y les dijo la parábola del hombre rico que amontonó mucha riqueza e incluso construyó graneros más grandes para amontonar todo el trigo y sus bienes, diciendo: tengo bienes para muchos años, anda descansa, come, bebe y date buena vida. Pero Dios le dijo: “Insensato, esta misma noche vas a morir. ¿Y para quien será lo que has amontonado? Eso es lo que sucede al que acumula riquezas para sí, y no es rico a los ojos de Dios.”

En esta semana en que el Papa Francisco ha estado en Brasil, hemos podido recordar este mensaje del Evangelio a través de sus homilías y sus palabras ante los jóvenes, obispos, sacerdotes, fieles en general, y en todas, su mensaje ha sido el mismo: “Sean testigos de Jesucristo”. Llamó a los fieles a evitar a los “ídolos” del dinero, el poder y el placer y en su lugar ayudar a los jóvenes a construir un mundo mejor. Invitó a los católicos del mundo a mantener sus valores de fe, generosidad y fraternidad, un mensaje que se repitió en muchas de las actividades en la que estuvo. Propuso un cristianismo alegre, “sin cara de luto



Instituto de la Familia, Inc.

perpetuo". El cristiano no puede ser pesimista. La esperanza no puede decaer". Me recordó las palabras de Santa Teresa de que un santo triste es un triste santo. La alegría de los Hijos de Dios, debe de poblar la tierra. Las tres virtudes teologales Fe, Esperanza y Amor, deben de ser la cara del cristiano de hoy, siendo testimonio de vida coherente.

Citando al Documento de Aparecida dijo: "La Iglesia debe de liberarse de todas las estructuras caducas que no favorecen la transmisión de la fe". Mandó a los católicos cristianos, a involucrarse en la sociedad a no "balconear", es decir mirar desde los balcones cómo se comporta la gente, sin involucrarse. Ir ahí donde hace falta pan y justicia: "Ningún esfuerzo de pacificación será duradero para una sociedad que ignora, margina y abandona en la periferia a una parte de sí misma.

La medida de la grandeza de una sociedad está determinada por la forma en que trata a quien está más necesitado, a quien no tiene más que su pobreza."

"Debemos tener sensibilidad frente a la injusticia, por los casos de corrupción, por las personas que en lugar de buscar el bien común, persiguen su propio interés. No se desanimen, no pierdan la confianza, no dejan que la esperanza se apague.

La realidad puede cambiar. El hombre puede cambiar. No se habitúen al mal, sino a vencerlo". Ojalá todo lo que hemos visto y oído en estos días en Brasil, nos ayude a cambiar de vida, a cambiar nuestra sociedad, a cambiar el mundo que nos rodea y evangelizar nuestra cultura de muerte por una de vida. Amén